

# ¿ESTRATEGIA ETNICA O ESTRATEGIA DE CLASE

Barbados II: 18-28 de Julio, 1977.

STEFANO VARESE

## PRESENTACION

El SEAS, con justificado orgullo, presenta a continuación uno de los últimos trabajos del antropólogo peruano Stefano Varese, con autorización expresa del mismo y como colofón de la presente edición de PANORAMA AMAZONICO.

Indudablemente, de la lectura del trabajo que publicamos, se desprenden una serie de aspectos esenciales que, siendo manifestación del pensamiento de Varese, coincide con gran parte de las preocupaciones que animan a los integrantes del SEAS. Es posible, empero, no coincidir plenamente con los planteamientos de Varese en el plano de la direccionalidad política con respecto a la lucha de la población nativa por la superación de su actual y crítica condición, pero es irrelevante la perentoriedad de plantear algunos de los términos que deben adoptarse para la liberación de los nativos de la opresión que sufren no sólo a nivel amazónico, sino también a nivel mundial, en cuanto Minorías Etnicas. En este punto la metodología a plantear para la lucha por la liberación que se avecina, en tanto el capitalismo agudice la explotación, está, diríamos, en pañales, la problemática económica y la problemática socio-urbana, han absorbido los mayores estudios de tipo histórico-materialista. Varese, excluido del ámbito nacional por presiones burocráticas del sistema, como los investigadores nacionales, aherrojados por ese mismo sistema, tenemos una lucha en común a la cual, estudios como el que leeremos, permiten vislumbrar parte del camino que deberemos seguir.

S.E.A.S.

Antes que nada algunas constataciones que inducen a cierto optimismo. Después de transcurridos casi siete años desde el primer Barbados, no estamos aquí ya para denunciar situaciones concretas de genocidio, de explotación territorial, de represión violenta, de dominación política, de explotación económica que padece la mayoría absoluta de las etnias indígenas de América Latina. Los hechos son casi idénticos: siguen ahí como antes, como hace siete, como hace setenta, como hace más de dos o trescientos años; lo positivo parecería ser el hecho de que mientras tanto entre el año 1971 y ahora, un sector importante de la opinión pública americana y europea se ha sensibilizado y se ha preocupado por el tema. Y es por esto que nuestra reunión actual no tiene ya por finalidad de la demostración, con hechos y denuncias concretas de la situación generalizada de genocidio, etnocidio o discriminación económica, política, lingüística y cultural a la que están sometidas en distintos grados y modalidades millones de indígenas americanos. Hay que ver en esto un salto cualitativo importante. Los hechos están a la vista: han surgido entre Europa, Estados Unidos, Canadá y México por lo menos diez organizaciones que se dedican exclusivamente a la recopilación y difusión de información concerniente a la situación de las etnias americanas, y a sus luchas políticas. En varias ocasiones los gobiernos de Canadá, Estados Unidos y algunos de los países escandinavos han tenido que responder públicamente a encuestas sobre denuncias referentes a abusos cometidos contra tales o cuales grupos étnicos de Latinoamérica. La Cruz Roja Internacional ha tenido que intervenir en por lo menos una ocasión y hay serias posibilidades de que en un plazo de tiempo razonable las Naciones Unidas se vean obligadas a considerar el problema de los derechos y representatividad de las etnias nativas del Continente de los foros internacionales. Sería pecar de soberbia atribuir a la primera reunión de Barbados demasiada influencia en toda esta movilización de la opinión pública internacional, pero indudablemente algo tuvimos que ver.

Por otra parte la presencia con nosotros de un igual número de miembros de etnias indígenas indica que la movilización ha comenzado a repercutir también en los organismos que disponen de los medios para hacer posibles reuniones como éstas. Es bueno, pero también tiene un aspecto muy peligroso que habrá de discutir: la posible infiltración de las organizaciones étnicas por parte de instituciones disfrazadas con mil tipos de máscaras ha empezado ya y seguirá creciendo. De la misma manera como un gran sector

del sindicalismo obrero y campesino de América Latina ha sido infiltrado, capturado y manipulado o comprado por organizaciones espurias constituidas por el imperio, es previsible esperar tácticas parecidas con respecto a los movimientos políticos de las etnias. En consecuencia hay que introducir desde ahora una dimensión fundamental tanto a nivel del pensamiento y de la acción de los científicos sociales comprometidos por el destino de las etnias y pueblos americanos, como a nivel de los movimientos y organizaciones de las etnias mismas: me refiero al nivel de la "clandestinidad". No es pensable ya hoy día pretender participar en la lucha teórica y práctica, en la lucha del pensamiento y de la acción para la construcción de una sociedad latinoamericana plural y socialista en la que haya pleno espacio político para la democracia social y económica y para las distintas experiencias culturales, sin plantearse en toda su dimensión dramática la necesidad de operar en varios niveles que van desde la táctica del lenguaje hasta la clandestinidad del pensamiento y de la acción. En Latinoamérica no queda ningún margen para el liberalismo. Desde 1971 hemos visto caer los gobiernos nacionalistas y progresistas de Torres en Bolivia, Allende en Chile, Velasco en Perú. Hemos visto crecer el fascismo, la represión, las masacres, la tortura. No puede haber la más mínima ilusión sobre el rumbo que tomará una reacción a los movimientos étnicos de las poblaciones indígenas de América. Y en este punto creo que tenemos que ser extremadamente claros y realistas: aun los movimientos y organizaciones étnicas menos politizadas corren el riesgo de la represión, porque en ellos es claramente visible el potencial de la rebelión y de las opciones alternativas. Expresados así, algo brutalemente, estos pensamientos tienen un sabor poco reconfortante. Quiero retomarlos y ampliarlos tocando fundamentalmente el problema de la o las estrategias y el de los posibles aportes del científico social a los movimientos y organizaciones étnicas.

Uno de los primeros temas que se nos presentan es el de la conciencia en cuanto "representación más o menos adecuada de un determinado sector de la realidad" (L. Goldmann). Es decir que en nuestro caso se trata del problema que aquí nos limitamos a plantear en términos estrictamente estratégicos frente a la contradicción aparente entre dos niveles posibles de conciencia: la conciencia étnica y la conciencia de clase. Insisto en la dimensión exclusivamente estratégica que pienso dar a este tema dada la naturaleza de las necesidades de la actual reunión. Un tratamiento más amplio y profundo nos llevaría demasiado lejos y hay un ca-

rácter de urgencia en nuestras preocupaciones. Siguiendo siempre el análisis de L. Goldmann: en todo momento un grupo humano cualquiera tiene, sobre las varias cuestiones que se le plantean, así como sobre las realidades que enfrenta, una determinada conciencia de hecho, o conciencia real. El máximo de adecuación que podría alcanzar el grupo en cuanto a la percepción y representación de la realidad social circundante es lo que Goldmann define como *conciencia posible*. Se trata de un grado máximo de adecuación entre realidad y representación sin que el grupo mismo cambie de naturaleza. Es decir que para los campesinos de los grupos étnicos zapoteco o mixteco (de México meridional), para hacer un ejemplo, sería difícil concebir como un objetivo político inmediato la socialización o colectivización de sus tierras. Después de un largo proceso histórico de privatización del sistema de tenencia, estos grupos étnicos mexicanos están constituidos, en su mayoría, por pequeños propietarios rurales. Su *conciencia real* permanece necesariamente dentro de los límites de su *conciencia posible*, y ésta será una conciencia campesina vinculada a la estructura social y productiva campesina tal cual se ha ido conformando históricamente en el México contemporáneo. Solamente un cambio en la ubicación social del individuo (migración individual a la ciudad y transformación en obrero o asalariado sin tierras) o del grupo (hipotético paso de la mayoría del grupo de la condición de campesino pequeño propietario a la de obrero) alteraría la conciencia real y la conciencia posible en tanto fundamento de aquella.

No se trata, evidentemente, de deleitarnos con especulaciones teóricas. Se trata de encontrar la manera correcta de formular lo que podríamos llamar los proyectos de la conciencia revolucionaria: trátase de proyectos que se dan a partir de una conciencia étnica hipotéticamente desligada de las percepciones, experiencias y vínculos de clase (es todavía el caso de algunos pequeños grupos étnicos del área amazónica); o trátase, en cambio, de una conciencia que se establece a partir de una representación de la realidad circundante tanto en términos de diferencias étnicas (hablamos otra lengua, tenemos otras costumbres, se nos desprecia por esto, etc.), como en términos de diferencias de clase (otros nos explotan económicamente, políticamente nos someten, etc.).

Un hecho salta a la vista. En un contexto de relaciones sociales multiétnicas (como es el caso de todos los países latinoamericanos con presencia indígena) las contradicciones de clase o el carácter antagónico de los diferentes intere-

ses de grupo, tienden a manifestarse con toda claridad y en toda su crudeza. Nuestra hipótesis es que no solamente las relaciones interétnicas en Latinoamérica contemporánea son siempre y también relaciones de clase, sino que en ellas es más fácil que se evidencien con pocas posibilidades de equívoco, los intereses en oposición de los varios grupos sociales que interactúan. Este potencial de indicatividad sintética y de explicitación que tienen las relaciones interétnicas en cuanto a las contradicciones de clase que encierran, se debe a la extremada dificultad con la cual el complejo carácter simbólico de cada etnia, su entero "campo semántico", puede ser utilizado con fines de manipulación ideológica por miembros de la clase dominante de otra etnia. Desde luego la falsificación ideológica intencional para la desmovilización política de un grupo étnico dominado puede producirse, pero supone, por lo menos, un par de condiciones mínimas: a) la presencia, dentro de la etnia dominada, de una burguesía indígena cuyos intereses coincidan con los de la burguesía de la etnia dominante; y b) un dominio cabal del universo semántico-cultural de la etnia dominada por parte de la élite del grupo dominante.

Al señalar que en un contexto de relaciones sociales multiétnicas se evidencian claramente los intereses antagónicos de clase, simplemente pretendemos indicar que se trata de una revelación, ante la conciencia real del grupo étnico dominado, de condiciones políticas y económicas objetivas que en general permanecerían en una esfera de la percepción y del conocimiento social fácilmente enmascarables y manipulables por los sectores dominantes. Con esto no estamos afirmando que automáticamente se da, en la etnia dominada, una conciencia de clase esclarecida, sino más bien, que la conciencia real (la conciencia de la propia etnicidad, la "conciencia para sí") se amplía como una percepción social resultante de la evidente contraposición de intereses, en el sentido más amplio, que separan al grupo étnico como tal del resto de la sociedad englobante. De esta manera puede afirmarse que la conciencia étnica alcanza un nivel de adecuación siempre más alto, es decir que se aproxima siempre más a la conciencia posible en la medida en que la inserción del grupo étnico dentro de una sociedad y una estructura de clase agudiza la autopercepción diferenciada y pone de manifiesto las contradicciones de intereses que intervienen en las relaciones sociales. La conciencia posible de una etnia, esta máxima adecuación entre la realidad y su representación por parte del grupo, está por lo tanto estrechamente vinculada a la situación de clase en la cual se encuen-

tra inserta la gran mayoría de las etnias indígenas de América.

No estamos sosteniendo, como ha querido hacerlo una tendencia de la izquierda más "progresista" del indigenismo mexicano, que finalmente la única manera de movilizar el potencial revolucionario de los miembros de las etnias indígenas es apoyar el proceso de su integración a la sociedad capitalista nacional en la condición de proletariado sin identidad étnica alguna, porque esta es la lógica del cocinero. Lo que sí queremos indicar es que se nos presenta como una tarea urgente para la estrategia política, el establecimiento de una tipología mínima inicial para las etnias indígenas, tomando como criterio el potencial de movilización de una conciencia colectiva "adecuada" y por o tanto su capacidad de movilización política. Y todo esto tiene que ver con el hecho evidente de que en el momento en que una etnia necesita movilizarse políticamente es precisamente porque su posición en el contexto social mayor (regional o nacional) es una posición de clase.

Aquí se presenta la necesidad de una primera división tipológica básica que tienen importancia en términos estratégicos. En Latinoamérica podemos separar a los grupos étnicos indígenas en dos grandes categorías: a) las macroetnias que se encuentran concentradas en la zona andina y en Mesoamérica; b) las microetnias que están ubicadas en el resto del continente, pero especialmente en áreas geográficas aún marginales o marginadas ya por el proceso de expansión de la frontera capitalista.

Una tipología tan amplia y general deja en una especie de limbo a aquellas etnias cuyo número de miembros fluctúa entre los 10 y 50 mil; porque el criterio de micro y macro grupos es en apariencia puramente sociológico o sociométrico. Sin embargo si se integra un criterio histórico, aparece con evidencia que las macroetnias (Nahuas, Zapotecos, Mixtecos, todos los grupos Maya, Quechuas, Aymara, etc.) son los remanentes de civilizaciones que tuvieron en su pasado histórico pre-colonial dos experiencias comunes fundamentales: la presencia de una estructura social de clases y la existencia de un aparato estatal con distintos grados de organización, cobertura y refinamiento administrativo según los momentos y las zonas. Además todas estas macroetnias se constituyeron como civilizaciones fundamentalmente agrarias y es en el proceso de desestructuración y reestructuración colonial que se reconstituyeron como campesinado integrante de una formación social y económica mayor englobante. En todas estas macroetnias precolombinas existían élites dirigentes, in-

telectuales, capas medias, trabajadores tributarios, etc. A partir de la invasión europea, en todas estas etnias, se reconstituyen por lo menos dos sistemas de instituciones étnicas paralelas: un sistema esotérico, clandestino que trata de mantener vigentes los elementos ideológicos pre-coloniales que cuentan ya con muy pocas correspondencias a nivel de la base económica y de la estructura social. Y por otro lado un sistema manifiesto de instituciones étnicas que siendo parte de una formación socio-económica mayor y en proceso de diversificación (diversos modos de producción están coexistiendo e interactuando), sufre los inevitables condicionamientos y demandas de la estructura englobante.

No es ninguna novedad que ya en el siglo XVI tanto en Mesoamérica como en la zona andina el cacicazgo indígena se había consolidado definitivamente como un sector de intermediación entre la población indígena y la dirigencia española y que en muchos casos se pueden rastrear los orígenes de la burguesía indígena en estos años formativos de la colonia. Lo importante es que en el caso de las macroetnias el período colonial y el desarrollo capitalista de las nuevas naciones independientes han producido una sociedad de clases en la cual son claramente detectables por lo menos: un sector social mayoritario conformado por un campesinado de pequeños propietarios (que sean comuneros, ejidatarios, libses o usufructuarios importa relativamente poco desde el punto de vista de la conciencia social); una pequeña burguesía incipiente de comerciantes, maestros, artesanos y especialistas independientes; y finalmente una burguesía media que según los distintos casos puede ser de origen antiguo, consolidada alrededor de la monopolización de la tierra, o tal vez de formación reciente y apoyada económicamente sobre el control de las actividades terciarias comerciales y de transporte, etc.

Una capa o un sector que va adquiriendo siempre mayor peso es el de la intelectualidad indígena. Aquí hay que distinguir claramente que no nos referimos a la intelectualidad tradicional que siempre existió y que tiene una vida semiclandestina (médicos tradicionales, filósofos, sacerdotes, chamanes, especialistas en calendarios agrícolas, etc.), sino en un sector de la población étnica que en la mayoría de los casos tiene origen en la pequeña burguesía indígena. Son los maestros preparados en las escuelas misioneras o entrenados y endocrinados por el Instituto Lingüístico de Verano, las otras instituciones análogas, las varias organizaciones indigenistas; son los técnicos agropecuarios, los abogados, los pocos afortunados que llegan a tener una carrera universita-

ria completa. De este sector han salido históricamente algunos de los dirigentes de las rebeliones indígenas más importantes del continente y está saliendo en la actualidad la dirigencia de muchos movimientos políticos. En grado menor esta capa está presente también en las microetnias y está jugando un papel político parecido.

Es importante precisar que la existencia de una pequeña y mediana burguesía indígena así como de un sector de intelectuales y técnicos (que originalmente fueron concebidos por los diferentes sistemas nacionales de integración indigenista como intermediarios para la aculturación de sus propios pueblos), es un hecho histórico y sociológicamente incontrovertible que no tiene porqué suscitar escrúpulos de purismo antropológico. De estos sectores intermedios presentes en las macroetnias se han originado y se siguen originando fenómenos de inconformidad y por lo tanto un nivel de conciencia social y étnica que en muchos casos se revierte sobre la población étnica de base desatándose así una dialéctica de movilización política. Porque no podemos olvidar que es en el orden de lo cotidiano (H. Lefebvre) en donde la inadecuación entre las expectativas estipuladas cultural, social e históricamente (el "estilo" de vida) y la realidad circundante (que niega, prohíbe el "estilo" étnico) llega a los extremos de insoportabilidad. Y la Revolución, "la restitución de la fiesta" (Lefebvre) se vuelve la única salida necesaria: la ruptura, al fin, la desorganización de una cotidianidad insoponible es la dimensión donde se actualiza el proyecto de la conciencia revolucionaria. Y es el intelectual, el expulsado ambiguo de la pequeña o mediana burguesía étnica aquel en cuya conciencia hacen explosión las contradicciones entre un estilo y un ideal étnico inviable y un sistema circundante siempre más absorbente, alienante y explotador de autonomías.

Claro está, en la gran mayoría de los casos no hay un "sujeto" colectivo plenamente conciente, un proyecto cabalmente elaborado, una estrategia diseñada en función de esta eclosión de la conciencia insatisfecha: de ser así habría habido y habría hoy día más movimientos, rebeliones y revoluciones étnicas de las que conocemos. Pero es necesario insistir, sin caer en los extremos del Marx de *El 18 de Brumario*, que la gran mayoría de la población campesina de las macroetnias indígenas, por la propia naturaleza del campesinado, no encuentra en la vida cotidiana el mismo grado de agudización de las incompatibilidades y contradicciones entre la gestión de su propia vida y las demandas del sistema social nacional envolvente que se presentan casi siempre en



forma indirecta y mediatizada (mercado, precios de los productos campesinos, manipulación política, discriminación y marginación de los servicios públicos, etc.). Más aún: es en el nivel de la vida cotidiana, en el "modo de consumo", más que en el modo de producción que finalmente es casi idéntico para un campesino de una etnia y para un campesino sin vinculación étnica alguna, donde se reproduce el estilo étnico que diferencia al uno del otro, que permite a uno moverse en un campo semántico y cultural exclusivo e identificable incluso a niveles supracomunales y al otro buscar permanentemente la integración en niveles sociales mínimos (la familia, un sector de la comunidad, raras veces la comunidad misma). Esta adecuación de la vida cotidiana campesina (el "modo de consumo", el ámbito de reproducción del sistema de producción: ámbito étnico por excelencia para la reproducción de un sistema de producción no necesaria y exclusivamente étnico), se rompe radicalmente en el caso de un miembro del grupo que se desvincule de esta vida cotidiana y se transforme en un "intelectual" o un profesional. Se trata aquí de otra conciencia posible. La paradoja es total puesto que sólo pasando a una situación social en la cual lo étnico deja de ser una prisión y puede ser mirado con cierto distanciamiento, la conciencia étnica se agudiza y refina y por lo mismo la lucha política puede incorporar lo étnico como parte esencial de su estrategia y de su proyecto.

¿Significa todo esto un elogio de la función de dirigentes de los sectores intelectuales indígenas? En parte sí. En parte se trata de reconocer la urgencia y la necesidad de valorar más la formación de los cuadros políticos, intelectuales y técnicos de los grupos étnicos. La necesidad de refinar nuestra percepción y análisis sociológico de las funciones de los sectores medios de las etnias (la pequeña y mediana burguesía); de investigar los casos concretos de alianza y solidaridad de clase de las burguesías étnicas y las burguesías nacionales; de estudiar con mayor detenimiento el problema de las alianzas de clase que corten transversalmente a la unidad étnica. ¿En cuáles casos es o no recomendable formar bloques de clase sobre una base exclusivamente étnica, una base de clase o tomando en cuenta ambos criterios? Hay burguesías indígenas que entrarán necesariamente en conflicto con las burguesías regionales o nacionales en un plazo mediano; en estos casos cabe preguntarse si no es tácticamente oportuno para la etnia misma formar un bloque étnico, una especie de "compromiso" interclasista, en vista a recuperar un margen de acción política que de otra manera

sería controlado exclusivamente por una burguesía indígena hipotéticamente triunfante.

Queda por ver el aspecto de las microetnias y de aquellos grupos que, especialmente en Mesoamérica, se ubican en un orden numérico intermedio. Nuevamente se trata de generalizaciones muy gruesas, sometibles a análisis mucho más refinados y específicos, pero en las actuales circunstancias se trata de un pecado menor.

Se puede sostener que con siempre más escasas excepciones la gran mayoría de los grupos étnicos pequeños e intermedios han sufrido y están sufriendo un proceso constante de penetración del sistema global, capitalista, no sólo en términos económicos. Con siempre mayor celeridad aun los grupos relativamente aislados de las zonas marginales se ven afectados directa o indirectamente por el sistema socio-económico capitalista. Es decir que para un conjunto de grupos étnicos que se derivan de formaciones sociales prehispánicas y coloniales pre-clasista y pre-estatales, la aceleración histórica reciente está produciendo una reestructuración social que en muchos casos implica la aparición de una incipiente estructura clasista interna. Se trata de formaciones clasistas recientes o iniciales que se apoyan casi siempre sobre el surgimiento de una pequeña capa de comerciantes y de pequeña burguesía de aldea y de un sector de "pequeña burguesía burocrática": maestros, promotores al servicio del estado y otros funcionarios menores. Dado el carácter generalmente no consolidado de esta estratificación social, es de suponerse una menor resistencia por parte de estas capas minoritarias frente a proyectos de movilización étnica y política. Algunas experiencias recientes parecen confirmar esta hipótesis.

Las etnias de tamaño intermedio que se encuentran concentradas en Mesoamérica, presentan una estructura social análoga a las macroetnias: una base económica fundamentalmente agraria, una estructura social campesina y la presencia de pequeños sectores medios, aunque en muchos casos la pequeña burguesía comercial y burocrática que se encuentra dentro del territorio étnico es de composición "mestiza", o se está conformada por la población regional. En este sentido todos los numerosos grupos étnicos que se encuentran localizados en Mesoamérica, desde una perspectiva de estrategia política, pueden coincidir con las macroetnias analizadas anteriormente.

En la frontera norte de Mesoamérica, en las áreas de bosque tropical sudamericano, en las sabanas y llanos del trópico, se encuentran etnias que se derivan de sociedades

de horticultores y cazadores: formaciones sociales pre-coloniales sin clases, o con estratificación apenas perfilada y en aparición, y sin una estructura de administración central o estatal. La recomposición colonial influyó radicalmente en estas sociedades cuando llegó a alcanzarlas. La expansión capitalista del XIX y la actual tienden a producir dos tipos de efectos generales que no necesariamente se excluyen entre sí: a) la atomización territorial y social de la etnia en sub-grupos y la automarginación de los subgrupos que tienen a su disposición espacios territorial de refugio; y b) la tendencia hacia la proletarianización de los grupos. Se asiste, en el plazo de una o dos generaciones, a la aparición de un proletariado rural bastante parecido, en términos de producción, a la población mestiza colindante, salvo diferencias étnicas debidas a la permanencia de estructuras ideológicas, semántico-culturales, lingüísticas y en algunos casos organizacionales que corresponden a la base y a la estructura anterior. Aquí también es el "modo de consumo" (socializado, comunitario, ritualizado, no acumulativos, etc.) lo que parece definir al grupo étnico en contraste con las poblaciones mestizas vecinas, más que el modo de producción. Aquí nuevamente es el nivel de lo cotidiano lo que permite al grupo reiterarse y reproducirse como tal y es por lo tanto éste el ámbito y el nivel en el cual es necesario plantear, en una primera instancia, las estrategias de movilización de la conciencia política del grupo. Lo que no quiere decir que se tengan que excluir las alianzas con los sectores explotados que no pertenecen a la etnia, pero la movilización inicial es lograda a corto plazo sobre una base de rescate de la identidad étnica en tanto identidad que revela sin ambigüedades la explotación y la discriminación.

Hay razones prácticas y teóricas para sostener que este camino aparentemente más largo de la agudización de la conciencia étnica es el que conduce finalmente a planteamientos revolucionarios plurales. En el aspecto práctico es evidente que se puede cohesionar un grupo alrededor de un proyecto que plantee el rescate y la proyección de un "estilo" que se presenta como exclusivo y contradictorio con las demandas de imposiciones del sistema externo dominante. No se trata de postular soluciones milenaristas y mesiánicas, que por lo demás han demostrado históricamente con más que abundancia su valor y potencial, sino de proponer un núcleo estratégico fácilmente identificable y apto para cohesionar, unificar y movilizar la conciencia colectiva del grupo. Cabe insistir en el hecho que hoy día en América Latina to-

da agudización de la conciencia étnica es agudización de la conciencia de clase también.

En el campo teórico hay un aspecto que es esencial tener presente. La estrategia de un proyecto histórico no es un momento, una etapa cerrada en sí misma que una vez superada no deja rastro de sí. La elección de una estrategia es una elección que afecta profundamente la conformación y la esencia misma del proyecto social para el logro del cual se operacionaliza la estrategia. Y si creemos en un proyecto civilizatorio latinoamericano de tipo plural, socialista, democrático, en el cual sea posible realizar la autogestión económica, política y cultural de los grupos sociales mismos, entonces lo que necesitamos es formular desde ahora una estrategia plural, fundamentada sobre una conciencia estratégica plural, múltiple. Si la meta es una sociedad en la cual exista "unidad en la diversidad", según la fórmula yugoeslava, entonces la estrategia misma del proyecto tiene que admitir y fomentar la multiplicidad y la diversidad. Después será demasiado tarde.

Algunas observaciones de orden práctico para reconciliarse con los fines de nuestra reunión. Creo que una acción política urgente en la generalidad de los grupos étnicos debe ser la defensa lingüística. Si una etnia empieza a perder su lengua se trata de un síntoma muy grave que finalmente acabará por destruir la etnia misma. La defensa radical de la lengua étnica es una acción siempre urgente e indispensable de un alto contenido político y estratégico que todo grupo étnico debe de operacionalizar. Hay decenas de argumentos y demostraciones para apoyar este punto pero creo que no hace falta exponerlos en esta circunstancia. Baste decir, como prueba por oposición, que todos los estados nacionales latinoamericanos y todos los gobiernos autoritarios o totalitarios siempre han negado los derechos lingüísticos de las minorías étnicas y nacionales. Por algo será. La defensa lingüística implica también el uso táctico y político de la lengua étnica por parte del grupo (documentos, traducciones de textos básicos, boletines, reestructura de la historia, uso de tiempo radial, etc.) y la búsqueda y creación de nuevos términos para nuevas situaciones políticas y nuevos niveles de la conciencia colectiva. Esta es una tarea conjunta de lingüistas, miembros de las etnias, antropólogos; pero el peso fundamental de esta tarea lo tienen los intelectuales, los poetas, los literatos indígenas.

La defensa de la lengua (llevada a todos los niveles posibles: desde los pedidos de oficialización regional o nacional, hasta su admisión en los medios de comunicación, en el

sistema educacional, en la universidad) es una acción política que no crea necesariamente una reacción violenta por parte de los gobiernos. En cada caso las tácticas serán diferentes. Las luchas por reivindicar y obtener territorios continuos y homogéneos, para lograr un margen de autonomía administrativa y un mínimo de institucionalidad, son todas y cada una "traducibles" a un lenguaje étnico cultural y lingüístico que en su uso interno tiene una mayor capacidad de movilización que el lenguaje del dominador.

Hay otra meta de mediano alcance en términos de tiempo que puede ser lograda sin que las etnias tengan que soportar una represión insostenible: me refiero a la necesidad "institucionalizar" su presencia en los estados nacionales latinoamericanos. Se trata de movilizar la opinión pública frente al hecho de que las etnias son otras "naciones" dentro del estado-nación y por lo tanto necesitan un mínimo de trato institucional por parte del estado y del gobierno. Trato institucional significa que la etnia como tal, como unidad social, es empezada a ser considerada por el estado. Esto puede sonar a reformismo, pero quiero simplemente recordar que todo tipo de represión impune es posible cuando ni siquiera se reconoce la existencia legal de un grupo humano, su personería jurídica, para usar una expresión querida por la burocracia latinoamericana. Se trata de obtener para las etnias indígenas un logro parecido a la formación y reconocimiento de un sindicato en el área obrera.

Claro que no se nos olvida que el objetivo final de toda revolución es destruir y superar el estado tal cual existe en el presente momento histórico, pero para superar hay que reconocer y el tiempo de la dialéctica no siempre coincide con la urgencia de nuestros sueños.